

Flora

Carla Fernández

Nací en plena Frontera Norte, muy cerca de Laredo Texas. De mi madre heredé la cultura fronteriza de comprar en los malls y en las tiendas de Salvation Army del otro lado. Al mismo tiempo mi padre era director de museos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, y viajábamos mucho por toda la República. En esos viajes pasaba horas observando la ropa que utilizaban los indígenas de la zona. Luego en los mercaditos de los sitios arqueológicos, procuraba comprarme las prendas tradicionales que había visto, para después combinarlas con mi ropa habitual.

Esta mezcla era un híbrido extraño. En la secundaria mi forma de vestir llamaba la atención; a algunos les gustaba y otros no sabían que decir. Incluso, algunos maestros no me dejaban ir vestida así a la escuela. Esto no impidió que siguiera experimentando y que mi gusto por los trajes y textiles mexicanos creciera.

En la Universidad hice mi Servicio Social en el hoy desaparecido Museo Serfin de la Indumentaria Indígena. Este trabajo me dio acceso a los acervos del museo y fue en el silencio de sus bodegas donde pude estudiar con detenimiento como estaban confeccionadas las prendas. No podía descoserlas, pero sí trazar sobre papel cada una de las piezas que las componían. Este ejercicio de deconstrucción me permitió conocerlas a fondo. Para mi sorpresa, casi la totalidad de las prendas estaban confeccionadas usando exclusivamente cuadrados y rectángulos; todos y cada uno de los lienzos eran paralelepípedos. Esto fue una revelación. Me encontré frente a una forma de patronaje totalmente opuesta a la que me habían enseñado en la escuela de moda. Mi maestra de corte solía decirme: “en el cuerpo humano no existen líneas rectas, por lo que cualquier patrón debe incorporar un manejo preciso de las curvas”.

Entendí que los indígenas de hoy siguen confeccionando su vestimenta de la misma manera que antes de la Conquista: con cuadrados, rombos y rectángulos. Pregunté cual era la causa de esta constante. La respuesta que ellos mismos me daban era muy sencilla: “por costumbre”.

Hoy en día el uso del telar de cintura continúa, y con ello su método de armar prendas en base a esta geometría. Sin embargo, muchas de las prendas que estudié estaban hechas con telas industriales y en ellas persistía el uso del cuadrado. ¿Por qué teniendo libertad de usar tijeras y lograr cortes curvos se mantenía este sistema? La respuesta es que la indumentaria indígena contemporánea ha desarrollado su propio sistema de armado; nos encontramos ante una especie de origami textil, que a partir del diferente tratamiento que se le da a un lienzo cuadrado, se consiguen todas las demás figuras geométricas.

Este interés por las bases geométricas del vestido conectaba los estudios de moda con mi licenciatura en historia del arte. Me interesaban sobre todo las primeras vanguardias,

en especial aquellos artistas que habían incursionado en el campo del vestido: los uniformes diseñados por Tatlin, Stepanova, Lamanova y otros constructivistas; el Manifiesto del Vestido Antineutral de los futuristas Balla y Marinetti; los vestuario teatrales de Malevich; la moda de Sonia Delaunay, etcétera. Fue a través de este lente que empecé a observar el patronaje indígena no como un objeto primitivo, sino en su condición plástica y constructiva.

Al poco tiempo mi deseo de trabajar con comunidades indígenas se volvió realidad. Me ofrecieron ser maestra de corte y confección para las Escuelas Itinerantes de Diseño Artesanal dependientes de la Dirección General de Culturas Populares e Indígenas de CONACULTA. Ese mismo año abrí mi propio taller de moda, donde buscaba plasmar la investigación que había comenzado. Mi prioridad fue retomar el diseño y patronaje indígena y colaborar con los artesanos para crear juntos una línea.

Este trabajo no tiene un solo autor. Pertenece a las mujeres tzeltales, tzotztiles, purepechas, amusgas, mixtecas, triquis, nahuas, huaves, tarahumaras, mazahuas, huicholas... que han puesto su creatividad e imaginación en cada taller, a los integrantes del equipo de la ciudad de México donde hacemos realidad muchos de los diseños nacidos de esta colaboración y a las organizaciones que hacen posible los talleres en comunidad.